



EL DESAFÍO ADOLESCENTE: UNA MIRADA POSITIVA, CONFIADA Y ENTUSIASTA

Sergio Berensztein

Miguel Espeche

Alejandro Rozitchner



EL DESAFÍO ADOLESCENTE:
UNA MIRADA POSITIVA, CONFIADA
Y ENTUSIASTA



INTRODUCCIÓN

► Por Sergio Berensztein

De la niñez a la adultez: la juventud como período de transición

El término “juventud”, en un sentido amplio, se refiere al período del ciclo de la vida en el cual las personas dejan su condición de “niños” y comienzan a comportarse como “adultos”. Es durante esta fase de transición donde transcurre la adolescencia. Si bien no puede determinarse con precisión cuando comienza ni cuando termina, es posible afirmar que se extiende entre los 10 y los 20 años, y habitualmente se la subdivide en tres etapas: temprana (desde los 10 a los 13 años), media (desde los 14 a los 17 años) y tardía (a partir de los 18 años).

En términos generales, durante la juventud – y en particular en la adolescencia – se originan cambios biológicos, psicológicos, sociales y culturales sustanciales, que varían según la sociedad, la cultura, la etnia, la religión, la clase social y el género. Sin embargo, no todas las personas de un mismo grupo etario atraviesan este período de la misma manera ni alcanzan sus objetivos simultáneamente. Así, el concepto de juventud tiene acepciones diferentes para distintos sectores sociales, y en función de las circunstancias en las que las personas crecen y maduran.

De todas maneras, es posible señalar vivencias y experiencias comunes asociadas a la definición de la identidad como eje de la caracterización de los jóvenes en cuanto grupo social. Entre ellas se incluyen justamente la construcción de una identidad propia como eje central de evolución, el logro de la condición adulta como propósito, la independencia y la emancipación como recorrido y **las relaciones intergeneracionales como marco básico en el logro de dichas metas.**

Se trata entonces de un período de transición en el que los jóvenes adquieren de manera gradual y no lineal, un conjunto de valores y concepciones del mundo que los rodea, que no son fijas sino que se van modificando. Esos valores y concepciones del mundo son recortados de la realidad del entorno, y los jóvenes la reinventan y modifican de manera diversa según sus intereses, de acuerdo con las coyunturas críticas que van enfrentando y de las influencias que reciben en ese período.

Es decir, los **jóvenes nunca están aislados del contexto en el que se desenvuelven y de las circunstancias que les toca vivir, ni su identidad es una invención totalmente propia**. Por el contrario, coexisten e interactúan permanentemente con la sociedad en la que crecen y se desarrollan, recibiendo numerosas y variadas influencias, muchas veces contradictorias entre sí y difíciles de decodificar. El proceso de transmisión de normas, valores y costumbres desde la sociedad adulta a las nuevas generaciones es denominado **socialización juvenil** y se desarrolla a través de los “**agentes socializadores**”, entre los que se destacan **la familia, la escuela, los grupos de pares y los medios de comunicación**.

El principal agente socializador que desde un comienzo acompaña a los jóvenes es **la familia**. No obstante, con el paso del tiempo y la evolución de ciertos aspectos de la educación formal, algunas funciones educativas domésticas pasaron a las escuelas. A su vez, las estructuras familiares sufrieron modificaciones importantes, dando lugar a esquemas diferentes a los tradicionales. En particular, esto se potenció en las últimas décadas, gracias a la masiva incorporación de la mujer al mercado de trabajo y el consiguiente proceso de homogeneización de los roles entre los padres. Asimismo, la evolución de la familia ha experimentado cambios significativos por otros procesos socialmente relevantes, como la precarización del mercado de trabajo, los flujos migratorios, el impacto de la inestabilidad económica, nuevas prácticas contractuales en la formación de las parejas, entre otros.

Por su parte, el **sistema educativo** se ha limitado históricamente a la transmisión de saberes y conocimiento, pero tuvo enormes dificultades para adaptarse a las necesidades y demandas de los jóvenes, fundamentalmente en el desarrollo de valores ciudadanos y en la facilitación del aprendizaje de mecanismos efectivos para adaptarse exitosamente a la vida adulta. Asimismo, el creciente deterioro del sistema público, sobre todo a nivel primario y secundario, junto con la proletarianización de los docentes, han reducido la capacidad de los establecimientos educativos de cumplir aun con las limitadas funciones que brindaban en el pasado.

En los últimos tiempos, la educación ha perdido sin duda influencia e importancia relativa frente a **los medios masivos de comunicación** en cuanto a los métodos y las herramientas culturales que ofrecen a los jóvenes. En efecto, gracias a su fuerte y rápida penetración – en particular en los casos de la televisión, Internet y telefonía celular – la socialización juvenil encuentra una tensa dinámica entre los agentes socializadores que pone en jaque a las formas tradicionales de transmisión de valores. De hecho, los medios de comunicación desarrollan también un conjunto de

normas y parámetros diferentes e incluso contradictorios con los que provenían de la familia y del sistema educativo formal. Así, se despliegan prácticas comunicativas y hasta lenguajes comunes que son propios de los jóvenes, que los reconocen como tales y los diferencian a veces de forma tajante del mundo de los adultos, y que están basados precisamente en los medios de comunicación.

Los **grupos de pares** conforman uno de los pocos espacios de socialización compuesto exclusivamente por jóvenes y que resulta en la práctica poco controlado por adultos. En general, estos grupos son heterogéneos y de características muy distintas pero, en todo caso, son los que ofrecen un lugar de pertenencia considerado fundamental para los jóvenes. En muchos casos, funcionan como un espacio de contención en el que, a diferencia de lo que ocurre en el mundo adulto, hay códigos comunes, existen liderazgos basados en criterios aceptados por los miembros y una cosmovisión compartida acerca de las vivencias más significativas. Los grupos de pares suelen ser muy variados en tamaño y significancia, incluyendo tribus urbanas variopintas y muchas veces poco duraderas, seguidores de bandas musicales, barras de barrios o pueblos pequeños, fanáticos de algún deporte o club, movimientos o agrupaciones ligados a los cultos, grupos de militantes políticos, entre otros. Es decir, los jóvenes tienden a construir sus primeras identidades a partir de su pertenencia a grupos relativamente pequeños donde se sienten aceptados y reconocidos. Adquieren y defienden valores con entusiasmo y pasión, aunque rápidamente modifican su forma de pensar y sentir, y buscan un nuevo espacio que los contenga. No obstante, su compromiso es siempre genuino y generalmente participan de estos espacios de sociabilidad con autenticidad y vocación.

Los dilemas de la adolescencia

El vínculo entre la juventud y la sociedad se reproduce a través de distintos agentes socializadores y refleja las dificultades del proceso de integración social que los jóvenes intentan recorrer en su tránsito hacia roles adultos. En el proceso de integración social existen **cuatro dimensiones que son particularmente críticas para los jóvenes: la educación, el trabajo, la vivienda y la salud**.

Con relación a la **educación**, aún están pendientes las mejoras en cuanto a la calidad y la igualdad de acceso al sistema educativo. Esta mezcla resulta peligrosa: por un lado, los jóvenes toman conciencia de las oportunidades existentes en la sociedad, pero por otra, existen precarias condiciones para aprovecharlas, sobre todo en los estratos más pobres y excluidos de la población. Como corolario surge

una gran frustración entre los jóvenes, que los desalienta y tiende a incrementar el abandono escolar.

Esto se conecta muy estrechamente con el tema de la **inserción laboral de los jóvenes**, dado que una de las principales dificultades que éstos enfrentan para conseguir un trabajo es la falta de capacitación o la inadecuación de los conocimientos adquiridos, a lo que se suma su escasa experiencia. Todo esto configura un panorama muy difícil que implica restricciones a la posibilidad de independizarse, retrasando así su proceso de maduración y emancipación.

Adicionalmente, cuando los jóvenes se plantean la constitución de nuevos hogares, afrontan serias complicaciones para acceder a **una vivienda propia**. Esto deviene en dos tendencias bastante alarmantes: se constituyen nuevos hogares pero relativamente poco autónomos de los hogares paternos, y se establecen – con frecuencia creciente – relaciones de pareja pasajeras con compromisos muy frágiles que se rompen fácilmente.

Por último, otro aspecto preocupante es el vinculado a **la salud**. Los jóvenes presentan dificultades en varios planos simultáneos que se manifiestan como conductas de riesgo cuyo claro ejemplo son: los accidentes de tránsito, las enfermedades de transmisión sexual, el embarazo precoz en las adolescentes y las conductas abusivas y adictivas en general.

En suma, la frágil participación en el sistema educativo y la precariedad de la inserción laboral condicionan que ambos sistemas funcionen como transmisores de normas y valores que estructuran la vida cotidiana, organizadores de aspiraciones de desarrollo futuro y de horizontes de metas a lograr. Luego, la inestabilidad y la metamorfosis que afectan a las familias también restringen su capacidad de socialización y el desempeño de un rol complementario y fortalecedor de las funciones de las instituciones educativas. Finalmente, los jóvenes permanecen sin modelos cercanos de éxito vinculados al esfuerzo y a la utilización apropiada de las oportunidades disponibles en el marco de la comunidad en que se desarrollan, tanto en sus entornos laborales como en sus lugares de residencia.

En este marco, “los jóvenes quedan en disponibilidad, abiertos a otras influencias que permitan la construcción de una identidad que ayude a apuntalar su autoestima y le de un sentido gregario, de formar parte de una comunidad”, tema que ha sido analizado a la luz de los planteos sobre las tribus juveniles¹. Bajo esta perspectiva, las **tribus** son – ante todo – “el resultado de innumerables tensiones, contradicciones y ansiedades que embargan a la juventud contemporánea”, y son identificadas como “una respuesta social y simbólica frente a la excesiva racionalidad de la vida actual, al aislamiento individualista a que nos someten las grandes ciudades y a la frialdad de una sociedad extremadamente competitiva”.

1 - CEPAL-OIJ (2000) Adolescencia y Juventud en América Latina y el Caribe: Oportunidades y Desafíos en el Comienzo de un Nuevo Siglo. Santiago.

“Adolescentes y jóvenes suelen ver en las tribus la posibilidad de encontrar una nueva vía de expresión, un modo de alejarse de la normalidad que no los satisface y, ante todo, la ocasión de intensificar sus vivencias personales y encontrar un núcleo gratificante de afectividad. Se trata, desde muchos puntos de vista, de una especie de “cobijo” emotivo por oposición a la intemperie urbana contemporánea, que paradójicamente les lleva a la calle”².

Los desafíos modernos resultan potenciados por un **nuevo contexto de globalización que plantea retos y tensiones inéditos para la juventud**. Esto es producto de la forma de vida global, revolucionada por las facilidades de acceso a las nuevas tecnologías y a las comunicaciones, que se caracteriza por la superficialidad de los contactos, por los cambios en el mercado laboral y por la transnacionalización jurídico-institucional del Estado, que ha significado una ampliación de los asuntos de los que se ocupaba el Estado tradicional. Hoy no sólo debe responder a las demandas de bienes públicos básicos para su población, sino que además está inmerso en lógicas de poder transnacionales e instituciones internacionales que intentan responder a los nuevos problemas de seguridad, energía, medio ambiente, migraciones, entre otras cuestiones que tensan las estructuras y lógicas de funcionamiento tradicionales.

Como se sugirió anteriormente, la juventud es una etapa fascinante y compleja, en la que hay una permanente búsqueda por definir una identidad. El despertar de los adolescentes frente a un mundo muy incierto y cambiante desemboca en una demanda de seguridad a través de la adopción de un conjunto de valores homogéneos, de la identificación inter pares, y la pertenencia y la contención entre los grupos de referencia más cercanos.

Más aun, en muchos jóvenes impera una percepción del mundo como un entorno caótico en el cual los modelos de éxito son relativos y se alcanzan en función de ciertas coyunturas especiales, no necesariamente planeadas ni producto de un camino de esfuerzo y mérito. Frente a un entorno cada vez más competitivo y cambiante, los jóvenes perciben que a menudo triunfan los que tienen suerte, los que mediante un atajo llegan a obtener fama y reconocimiento, los que gozan de impunidad o de los favores del poder.

Entonces, **los jóvenes están expuestos a un conjunto de dilemas sobre el futuro y respecto del lugar que eventualmente podrán ocupar en él**, frente a un entorno en constante transformación y difícil de entender y decodificar de forma positiva y constructiva. Por eso, suelen atravesar períodos de mucha tensión e incluso angustia, alimentadas por la percepción de incompreensión respecto del mundo de los adultos.

2 - COSTA, P.; PEREZ, J. y TROPEA, F.; (1996) Tribus Urbanas. El Ansia de Identidad Juvenil: entre el Culto a la Imagen y la Autoafirmación a Través de la Violencia. Editorial Paidós, Buenos Aires.

La situación y desafíos de los jóvenes en la Argentina

Ahora bien, la **situación** antes analizada se torna aún **más compleja** cuando se focaliza en las **condiciones que han venido enfrentando en los últimos años los adolescentes de la Argentina**. La historia reciente del país está caracterizada por crisis recurrentes, inestabilidad política y económica, frecuentes episodios de confrontación política y social muy aguda, la cultura del no esfuerzo y la anomia, así como la ausencia de la meritocracia como mecanismo asentado y reconocido de ascenso social y progreso personal.

Esto potenció el desgaste que en casi todas partes han experimentado los ámbitos tradicionales de sociabilidad de los jóvenes, como los clubes, las universidades, las instituciones religiosas y los sindicatos. Vale decir que en nuestro país parecen haberse generado las condiciones para que se multipliquen con mayor facilidad los mecanismos más informales en los que impera la lógica de las tribus antes descripta.

En este entorno, suele predominar **la supervivencia como motor de la conducta social y el corto plazo como horizonte temporal**. Esto desfavorece las prácticas solidarias y la preocupación por la comunidad. No sólo los jóvenes, sino la sociedad en su conjunto suele estar más preocupada por dónde vivirá, qué alimentos brindará a su familia, si tendrá o no trabajo, que por participar en el diseño y la puesta en marcha de un proyecto colectivo. Entonces, aflora **la desconfianza interpersonal, se destruye capital social** en un clima de ensimismamiento e incertidumbre.

De este modo, al margen de las preocupaciones y desafíos típicos de la edad, los jóvenes enfrentan un conjunto de circunstancias que les dificultan aún más el **establecimiento de límites y valores que promuevan una conducta social positiva, constructiva y responsable**. En consecuencia, asumiendo que existen dificultades intrínsecas para que a nivel macro el Estado (sobre todo a nivel nacional y provincial) pueda modificar por ahora las condiciones iniciales que constituyen las bases de la problemática que enfrentan los jóvenes, es importante formular el siguiente interrogante: **¿qué pueden hacer los padres**, las escuelas, las iglesias, los clubes, en definitiva **la comunidad en su conjunto**, para ayudar aunque sea parcialmente a los jóvenes en esta difícil etapa de transición?

La respuesta no es fácil, aunque en principio parezca sencilla: **acompañar, escuchar, comprender, contener y valorar los aspectos positivos de las acciones y conductas de los jóvenes, además de resignificar de una manera firme y sin culpa una concepción clara de autoridad, sin que ésta se asocie al autoritarismo**. También, es importante resaltar y premiar los ejemplos de conductas responsables, tanto de jóvenes como de adultos. Hacen falta tiempo, y esfuerzos efectivos y consistentes para remover los incentivos que tienden a reproducir las prácticas nocivas

y egoístas, a veces incluso autodestructivas. Es preciso comprender que la vida de los jóvenes no se agota en eso, como la de los adultos tampoco está concentrada en reproducir los aspectos negativos del sistema social en el que viven. Reforzar lo positivo y acotar lo negativo, genera un espacio común, una oportunidad de reconocimiento y pertenencia en un mundo que puede ser hostil, pero permeable a reconocer que nunca todo está perdido y que siempre hay cosas que merecen ser rescatadas.

PADRES CON CONFIANZA: UNA ALTERNATIVA IMPRESCINDIBLE PARA ACOMPañAR A LOS JÓVENES EN SU TRÁNSITO HACIA LA ADULTEZ

► Conferencia de Miguel Espeche

Es superlativa la importancia de apuntalar y fortalecer la tarea de los padres en un contexto social y cultural como el presente. Dicha importancia se acrecienta si se tiene en cuenta la función que padres y madres desempeñan a la hora de actuar como referentes esenciales en la educación de los adolescentes.

En ese entendimiento es que el Lic. Miguel Enrique Espeche desarrolla talleres y conferencias que tienen por finalidad generar espacios de reflexión y acompañamiento anímico para padres que se encuentran atravesando esta peculiar etapa de la crianza. Dichos encuentros tienden a fomentar la confianza de los padres en sí mismos, a la vez que ofrecen un marco de intercambio que compensa la soledad habitual con la que muchos padres se enfrentan a la hora de la toma de decisiones dentro del marco familiar.

A continuación se desplegarán algunos de los conceptos vertidos por Miguel Espeche, asesor principal de Vivamos Responsablemente – una iniciativa de Cervecería y Maltería Quilmes –, en uno de sus talleres.

Introducción

La llegada de la adolescencia trae consigo nuevos desafíos para los jóvenes y también para sus padres, quienes en su rol de referentes tienen que aprender a lidiar con las transformaciones de sus hijos y hacer que la transición al mundo adulto de los chicos sea lo más saludable posible. Los cambios internos y externos

que sufren los adolescentes – un cuerpo diferente, la constitución de una identidad propia, el establecimiento de nuevas relaciones con el entorno – se suceden en medio de una realidad compleja que les envía estímulos difíciles de procesar. Como respuesta a esta situación, los padres se ven muchas veces abrumados por sus temores y dificultades, a la vez que se enfrentan al desafío de identificar y desarrollar sus propias capacidades, valores y fortalezas para conducir a sus hijos a buen puerto.

La rebeldía, la búsqueda de aprobación de los pares y el distanciamiento con los padres son todos sentimientos que experimentan los jóvenes al abandonar la infancia. Frecuentemente, esta situación los pone en conflicto con la tendencia de sus padres a controlar el proceso, en su afán de protegerlos de los peligros que los acechan.

Sin embargo, el miedo y la aversión natural a que los jóvenes corran riesgos termina siendo contraproducente si se transforman en un afán de control angustiada y ansioso. Cuando dicha tendencia controladora se transforma en el único instrumento para cuidarlos de la mejor forma, sin que otras alternativas sean tenidas en cuenta, los resultados son pobres y los efectos suelen no ser los esperados.

La sensación de pánico que muchos padres sienten ante lo que se percibe (no sin razones) como un mundo peligroso, se transmite a los chicos y éstos terminan asustándose, aun cuando no siempre lo demuestran.

Es entendible que existan temores y zozobra en el ánimo de los padres ante una etapa que ubica a los hijos adolescentes en un mundo que escapa a la mirada de cuidado protector, que era más fácil desplegar cuando éstos eran niños. Los peligros son ciertos, aún cuando el hecho de focalizarnos en ellos como única manera de dar cuenta de lo que es el “mundo de allá afuera”, distorsiona la perspectiva y fomenta que los jóvenes busquen fuentes de coraje que no siempre son las más aconsejables.

Ellos necesitan coraje para esta nueva etapa. Y es sabido que el coraje saludable nace de la confianza en los propios recursos. Pero si dicha confianza es inexistente el coraje vacila.

De alguna manera, el tocar ciertos límites y asumir ciertos riesgos es una forma de poner a prueba los consejos y las enseñanzas que los padres, en su rol de educadores, les brindaron a lo largo de los años de la infancia. De esa forma, los adolescentes aprenden de sus propios límites y capacidades y – tras un proceso a veces dificultoso –, tienen la oportunidad de sentir como propios dichos consejos y enseñanzas.

A la hora de hablar de los recursos con los que los jóvenes cuentan para enfrentar el nuevo mundo que se abre en su horizonte, los valores tienen un rol principal como así también otras enseñanzas adquiridas en su infancia. Si los propios padres muestran poca confianza respecto de la educación que ofrecieron a sus hijos, éstos se sentirán frágiles ante lo que se les avecina y, de esa manera, es más probable

que sientan que no son válidas las enseñanzas adquiridas hasta el momento, lo que los puede dejar huérfanos de guía y a la merced de elementos exteriores que pretendan aprovecharse de este estado.

Por ello, es mejor que los padres transmitan confianza más que miedo y, si no sienten esa confianza, apunten a obtenerla a través del intercambio con otros padres en un marco solidario que reivindique lo genuino de los valores amorosos ofrecidos a los hijos durante lo que va de su vida. Muchos padres sienten tanto miedo a equivocarse que olvidan percibir sus propias virtudes y fortalezas a la hora de criar. De hecho, uno de los mayores problemas que enfrentan los padres de adolescentes es la soledad que tienen en su función, lo que los debilita emocionalmente ante los desafíos cotidianos que la vida les presenta.

La confianza no significa necesariamente decir que sí a todo. De hecho, es más una confianza en sí mismos que en sus hijos. Esto implica, sobre todo, confiar en la propia capacidad para discernir, ponderar y evaluar las situaciones, buscando los recursos para hacerlo de la mejor manera (recursos interiores o conseguidos a través del asesoramiento u acompañamiento de otros). Dicha confianza es la que habilitará a decir que sí o que no y, de ser necesario, generará la fuerza necesaria para poner los límites que se estimen convenientes, sin tanto titubeo ni temor al error.

El miedo, cuando hegemoniza la visión del mundo, es paralizante y obstructivo. Una visión pesimista y temerosa de la realidad transmite angustia a los adolescentes y no les permite valorar con justicia las potencialidades tanto del presente como del futuro.

El rol del miedo

Las situaciones de violencia, el consumo abusivo de sustancias, las agresiones a la salida de los boliches y en la puerta de los colegios, constituyen titulares recurrentes tanto en noticieros como en diarios. Estas imágenes desoladoras, de un aspecto real, aunque parcial de la realidad que viven los jóvenes, no hacen más que intranquilizar a los padres y envolverlos en una sensación de pánico cotidiano. Como consecuencia, a veces idealizan que con tan sólo la aplicación de un estricto control sobre conductas puntuales se solucionaría el problema, sintiéndose muy culpables cuando no pueden ejercer dicho control.

A su vez, como contracara de lo anterior, se percibe otro tipo de actitud nociva respecto de los jóvenes: el abandono, el desinterés, la actitud complacientemente

infantil de muchos padres que abandonan su función de guía y autoridad, dejándola desierta.

Pánico controlador, por un lado, y abandono negligente, por el otro, son dos caras de la misma moneda. En ambos casos los hijos ven disminuido uno de los recursos más significativos para ellos, que es el poder contar con la presencia emocional de sus padres a la hora de salir al mundo, una presencia “llevada en el corazón” que los ayuda a tomar mejores decisiones.

Si los controles, por causa del miedo, se vuelven obsesivos y carecen de otro tipo de abordajes complementarios, no solamente pierden eficacia, sino que propician a que muchos jóvenes privilegien el enojo que esto les causa, por sobre el intento a comprender la actitud de sus padres.

Es virtualmente imposible para los padres no sentir miedo en algunas ocasiones, sobre todo, cuando los hijos emprenden nuevos caminos hacia su creciente independencia. La propuesta no es eliminar artificialmente “por decreto” ese temor, sino que se sugiere la idea de impedir que sea ese miedo el que guíe a la conciencia como única referente. Es decir, no se trata de no sentir miedo (algo natural, por cierto) sino no dejar que éste gobierne por sobre la confianza que es base para la vida, sin la cual, sería imposible emprender cualquier camino.

Lo cierto es que la influencia del miedo a la hora de encarar situaciones cotidianas tiene un efecto contraproducente: hablar solamente desde el miedo no genera más que un sentimiento refractario. Entre el control dominado por el pánico y el abandono existe una actitud más eficaz, que es la del cuidado que propicia la prudencia como herramienta para sortear los potenciales peligros.

No siempre cuidar es solamente controlar, así como tampoco abandonar la autoridad y la presencia paterna es sinónimo de dar libertad a los hijos. Desertar del rol de autoridad que compete a los padres, deja a los hijos a merced de sus impulsos y de los distintos peligros del mundo en una edad en la que aún no tienen las herramientas para cuidarse de manera plena.

Las sensaciones que experimentan los padres son percibidas por sus hijos de forma directa o indirecta, ya sea a través del lenguaje o por medio de sus actitudes. Los jóvenes inmediatamente absorben la desconfianza y el temor de los adultos y la hacen propia, lo que repercute en sus conductas a la hora de irrumpir en el mundo de los grandes. A esto se suman las dificultades que se afrontan en nuestro frágil contexto social que, cuando son abordadas sólo desde el miedo, acrecientan de manera más que significativa su capacidad de hacer daño. La sensación de pánico constante, acrecentada muchas veces por algunos sectores que hacen hincapié de manera sistemática en los aspectos negativos de la realidad social, provoca la necesidad de prevenir los peligros a los que los jóvenes están expuestos. Lo que sucede es que el exceso de prevención y la actitud crónicamente temerosa, sin un optimismo que la equilibre, termina por erosionar el entusiasmo que natural y salu-

dablemente surge en los jóvenes frente a la vida. Esta pérdida de la vitalidad es en muchos casos contrarrestada por conductas abusivas y poco saludables, dentro de un contexto cultural y social que se aprovecha de este estado de las cosas.

Los jóvenes ven en sus padres su propio horizonte. Porque éstos son un modelo de futuro posible, de allí que sea tan importante apuntar a su buena calidad de vida. De esa forma los hijos podrán imaginar un futuro deseable, no uno al que temen arribar.

Lo que se propone es, en lugar de tan solo evitar "lo malo", enfocar también las energías en promover "lo bueno", dado que cuando los padres se limitan únicamente a señalar los peligros, suelen olvidar destacar, paralelamente, los beneficios de crecer y el sentido profundo que tiene la vida más allá de sus riesgos. Para ilustrar lo antedicho, vale utilizar un antiguo texto chino del I Ching que dice que "la mejor manera de combatir el mal es un enérgico progreso en el sentido del bien".

La motivación de los padres como incentivo para los hijos

En lugar de sentir culpa y decepción por la sociedad que se le está dejando a los jóvenes, mejor es proporcionarles un horizonte de posibilidades. Dicho horizonte tiene como modelo la vida actual de los padres, no tanto en términos de la forma concreta que tiene dicha vida, sino del espíritu con el que se vive esa vida, más allá de las dificultades y limitaciones.

En tal sentido vale una frase habitual en el taller Sindicato de Padres, del Programa de Salud Mental Barrial del Hospital Pirovano: "lo que es bueno para los padres, es bueno para los hijos", enunciado que apunta a enfocar en el bien de los padres. Si la paternidad y la adultez significan únicamente sacrificio y la idea general es que a medida que crecen las personas dejan de ser felices, se abren las puertas a que los jóvenes deseen "vivir a full" el presente inmediato porque el mañana es una amenaza sin sentido. Por ello es esencial que los padres lleven una vida digna y que se los vea motivados, de manera tal que los hijos tengan expectativas positivas acerca de lo que les tocará vivir cuando dejen la infancia atrás. El objetivo es demostrar que una vida con más responsabilidades no tiene por qué ser agobiante sino que puede ser el espacio para desarrollar la capacidad y valores de cada uno en plenitud. Si los padres gozan de una "buena salud" anímica entonces podrán proveer a los hijos buenos ejemplos y serán para ellos un modelo a imitar.

Es muy importante señalar que lo antedicho no se limita a los aspectos placenteros de la vida, sino que incluye la posibilidad de ser íntegros ante la adversidad, trascendiendo dificultades y viviendo las situaciones críticas – que indefectiblemente sobrevendrán – con dignidad. El "estar bien" de los padres, no es necesariamente cumplir con el sueño burgués de satisfacción con ausencia de problemas y sinsabores, sino que apunta a una actitud de entereza ante las dificultades y ánimo para atravesarlas. Es esa actitud, precisamente, la que sirve de horizonte a los hijos.

Es habitual que los jóvenes transiten por riesgos que son inherentes a la salida al mundo. En esa salida y en la procura de los límites que la vida impone buscan su propia identidad, que se construye a partir del contraste de sus experiencias con los enunciados de los padres, a veces de manera riesgosa para su salud.

¿Cuál es el territorio en el que los jóvenes viven mayores situaciones de riesgo? Sin dudas, la noche: ese "ritual de pasajes" en el que experimentan situaciones nunca antes vividas, las nuevas relaciones con el sexo opuesto y con grupos de referencia. Ante esto, los adultos tienen la posibilidad de transmitirles confianza, brindándoles cuidado y apoyo a través de ofrecer una referencia significativa, un marco social con reglas claras y la noción de que "no es lo mismo ser libre que andar suelto". En este sentido, es importante la acción ciudadana de los padres a la hora de hacer cumplir las leyes existentes, enfatizando en todo lo que haga a que dicha legislación sea aplicada sin excepciones. Esa actitud merece ser acompañada, para ser eficaz, por una actitud que contenga cercanía, autoridad y confianza en las propias capacidades como padres y, por añadidura, en las capacidades que tengan los hijos para llevar en el corazón los valores que les fueron ofrecidos desde el amor parental.

También es importante percibir que muchas veces los chicos hacen lo mismo que en su momento hicieron – o desearon hacer – los padres. La vivencia de situaciones en las que las circunstancias actuales de los hijos se asemejan a las que en su momento tuvieron los padres, es un campo propicio para el intercambio saludable, y sin duda contribuye a generar una atmósfera de empatía entre padres e hijos. Los padres pueden conectarse con los sentimientos que tuvieron antaño cuando se enfrentaron a las mismas situaciones que sus hijos y desde ese registro comprender mejor y, sobre todo, perder el temor a las curiosidades e inquietudes que inundan a los jóvenes, pudiendo, a través de la empatía posible, ponderar cuales actitudes de sus hijos son peligrosas realmente y cuales no lo son tanto. La cercanía con las propias vivencias del pasado, aún las dolorosas, dará a los progenitores más herramientas para discernir cuando deben decir que sí y cuando deben decir que no, a la hora de ejercer su autoridad de padres.

El sentido de los valores y la importancia de la amistad

Es preciso profundizar acerca de la importancia del rol de la confianza en la relación entre padres e hijos. Ante el sinfín de estímulos y nuevas sensaciones los chicos experimentan períodos de angustia e incertidumbre. Los jóvenes tienen miedo de no poder concretar sus sueños, de no realizarse como individuos, de no saber cómo ser felices, de no encontrar un amor correspondido, de no poder seguir estudiando, de equivocarse en la elección de su carrera, de no conseguir trabajo, de ser o no ser como sus padres, entre otras preocupaciones.

Las salidas nocturnas pueden ser una vía de escape, y el deseo de experimentar excesos y conductas nocivas pueden ser interpretadas como una manera de “anestesiarse” frente a la realidad hostil que se les presenta. En este contexto, los padres logran su cometido al acompañar a sus hijos promoviendo valores de vida que sean posibles de ser sentidos como, justamente, valiosos, y no enunciados vacíos dichos desde el miedo y la angustia.

Cuando se habla de valores, no se trata de normativas “correctas” pero sin corazón y vacías de contenido, sino de energía vital organizada para tener una buena vida de verdad. Los valores no son letra muerta. Son aquello que hace que la vida pueda ser intensa y significativa dado que a través de ellos se logra mayor eficacia a la hora de darle cauce a los sueños.

Con esta premisa central los padres podrán, en ocasiones, y de acuerdo a lo que más convenga, ser permisivos o restrictivos, sin culpas de ninguna índole cuando cumplen de corazón con su función.

La capacidad de generar lazos que aparece con fuerza en la adolescencia, es otro de los puntos a mencionar. Sin dudas, la importancia que los jóvenes dan a la amistad es una actitud a ser valorada por los padres por la importancia que el afecto de los amigos tiene, y la contención que ofrecen en un momento en que lo natural es una disminución en la intensidad del vínculo con los padres y una apertura al mundo social.

La angustia típica de los jóvenes que emprenden el tránsito hacia la adultez puede diluirse en gran medida si ésta es compartida en grupo. La red de cuidado recíproco que tejen los chicos con sus amigos es un elemento vital en su desarrollo, puesto que no sólo los ayuda a sobrellevar situaciones desfavorables, sino que contribuye a mitigar la incertidumbre gracias a que comparten experiencias similares de manera simultánea y, generalmente, de manera solidaria.

Cabe destacar también que los propios padres ven profundamente fortalecida su función cuando se ven acompañados por sus pares: otros padres que viven circunstancias parecidas y que sobre todo sienten en su fuero interior de manera semejante, posibilitando así la solidaridad que mitiga la sensación de soledad que es, lamentablemente, muy habitual en el mundo adulto. El estilo de vida moderno propicia la formación de islas emocionales. Transformar dichas islas en archipiélagos solidarios es una tarea que sin dudas genera energía y confianza en los padres que desean lo mejor para sus hijos.

En suma, si bien es indudable que la adolescencia es un terreno fértil para los peligros y los riesgos, también es cierto que es la etapa en la cual los jóvenes experimentan situaciones de gran intensidad vital, que serán útiles en la conformación de su identidad y personalidad adulta. La red de contención formada por padres comprensivos y firmes en el ejercicio de su legítima autoridad, las instituciones educativas, la sociedad adulta en su conjunto y, en el plano más cercano a la intimidad de los jóvenes, la red de sus amistades, será la encargada de acompañarlos en el proceso, con confianza y apoyo. Será esa una red saludable si está abierta en la esperanza de una vida que tenga sentido, algo que es, sin dudas, más hondo y trascendente que una vida solo “exitosa” según pautas banales.

La confianza en el sentido que tiene la vida, más allá de las dificultades, y el cuidado prudente y firme de los jóvenes son piedras sobre las cuales se edifica la relación entre padres e hijos, con vías a formar una atmósfera que permita emerger los mejores sueños y sortear los mayores obstáculos.

PADRES Y ADOLESCENTES. LA IMPORTANCIA DE VIVIR CON ENTUSIASMO

► Conferencia de Alejandro Rozitchner

Introducción

El debilitamiento de los sistemas de referencia tradicionales y la puesta en duda de las verdades asumidas como tales son rasgos salientes de nuestra realidad cotidiana. Como se vio en el estudio introductorio, las instancias socializadoras hoy se han ampliado, dado que ya no se limitan a la familia y a la escuela, sino que además incluyen a los grupos de referencia y a los cada vez más presentes medios de comunicación. En este contexto volátil los jóvenes atraviesan la adolescencia, una edad de controversia y redefinición. ¿Cómo y dónde entran los padres en escena? ¿Cuál es el papel que deben jugar para contener a sus hijos al momento de experimentar la crisis de identidad propia de la edad?

Las dificultades que se presentan durante la adolescencia, hacen imprescindible que los padres ayuden a sus hijos a través de una postura entusiasta y compañera, en detrimento de la adopción de una actitud crítica y represiva. El entusiasmo como fuerza de ayuda en la difícil situación del adolescente es una herramienta esencial para los padres, quienes tienen la responsabilidad de mostrar un mundo lleno de posibilidades y ahuyentar los miedos y las visiones catastróficas sobre la realidad.

Además, cabe destacar la importancia del pensamiento creativo a la hora de abordar los conflictos cotidianos. La inherente complejidad que exhibe la sociedad actual no implica que tanto jóvenes como padres deban tener una actitud desconfiada y reticente frente a ella. Por el contrario, ambos deben abrazar y aceptar los desafíos que se presentan, afrontando las dificultades y manteniendo como eje un

horizonte esperanzador. Los padres deberían demostrarles a los adolescentes que el paso a la adultez es algo que vale la pena vivir y que la mejor forma de llegar a esa etapa es con entusiasmo.

¿Cuáles son los factores que complejizan el tránsito hacia la vida adulta? ¿Qué es y cómo se implementa la denominada “teoría del entusiasmo”? A lo largo del presente capítulo se intenta echar luz sobre estos interrogantes y así transmitir conceptos que mejoren la relación entre padres e hijos.

Ser adolescente hoy: miedos y desafíos

La juventud contemporánea constituye hoy la primera generación global. Descriptos como “sujetos-mundo”, los jóvenes tienen poca o casi ninguna identidad, y debido a su familiaridad y cercanía con los desarrollos de las tecnologías de la información y la comunicación se sitúan en el mundo antes que en los círculos de referencia familiar (Castiblanco, 2002³). Las instituciones tradicionales – la familia, la escuela, las iglesias, los clubes sociales – pierden credibilidad e interés frente a ellos y son los programas de televisión y de radio los que se convierten en sus orientadores en cuanto a modas y estilos de vida.

El período de educación formal se ha prolongado y paralelamente ha dejado de ser una garantía de futuro asociada al desempeño laboral. En medio de este panorama cambiante los jóvenes atraviesan el paso a la adultez y tratan de descifrar el lugar que ocuparán en su comunidad.

¿Por qué es una edad complicada la adolescencia? Porque es una edad en la que hay que resolver muchos problemas al mismo tiempo y de una vez. No sólo hay que redefinir la relación con el propio cuerpo – reconocerse y manejar las pulsiones amorosas y sexuales – sino también con los padres – quienes son objeto de todos los reclamos y agresiones – y con el propio entorno – los pares y los grupos de pertenencia.

Los jóvenes se plantean el rumbo que deberán tomar en el futuro, al mismo tiempo que tienen la necesidad de ganar su propio dinero y dejar de depender de sus padres. La escuela y las instituciones educativas en general apenas reconocen y

3 - Castiblanco Cardona, Amanda (2002) “Comunicación educativa y adolescentes. El caso de colegios públicos en Pereira” en *Revista Ciencias Humanas*, número 28, disponible en <http://www.utp.edu.co/~chumanas/revistas/revistas/rev28/castiblanco.htm>

asumen los espacios de comunicación mediática y de la cultura juvenil, por ende son incapaces de comprender lo que es la experiencia adolescente y ponerse a su servicio.

Indudablemente, tener una buena infancia es vital para que la experiencia de la adolescencia sea mucho más amena: cuanto más estable sea la situación afectiva durante los primeros años de vida, más fácil será la construcción de su estructura adulta. Un chico “bien” tratado, que ha gozado de una buena educación y se siente valorado es un ser más consistente y puede transitar la adolescencia en total libertad.

Es importante aclarar también que estos chicos precisan una cuota de desorden e improvisación en el camino. La “autenticidad” de un joven radica justamente en llegar a la adolescencia sin una personalidad sumisa y estructurada para evitar chocarse con los desbarajustes que se hacen presentes en esta nueva etapa. Es necesario experimentar el desorden para “cocinar” una personalidad fuerte y preparada, y enfrentar con entereza la complejidad del mundo adulto.

Ahora bien, la “búsqueda personal” que realizan los adolescentes no está – ni es aconsejable que esté – exenta de riesgos. La libertad en la que tendrían que formarse como adultos implica poder afrontar peligros y superarlos. Por ello, es preciso que cuenten con el espacio y la independencia para descubrir y disfrutar nuevas sensaciones y experiencias.

Sin embargo, los riesgos y la rebeldía asociados a la etapa adolescente no deben conducirlos a las adicciones ni a los abusos como forma de paliar la incertidumbre inherente a esta etapa. Es precisamente aquí donde la importancia del rol de los padres se torna fundamental, dado que tienen la responsabilidad de ayudar a sus hijos a conocer el nuevo mundo que se les presenta y facilitarles la transición a la vida adulta.

Los padres y la relación con sus hijos: La importancia del entusiasmo

¿Cuál es el rol que deben jugar los padres en la transición que viven sus hijos de la niñez hacia la edad adulta? ¿Cómo compatibilizar ser el blanco de la hostilidad de los jóvenes con la necesidad de mantener una relación comprensiva y amorosa con ellos? Los padres deben “sobrevivir” a los embates y seguir con sus vidas. En esta

línea, y siguiendo con el razonamiento de Winnicott⁴, “si los padres logran superar las críticas de sus hijos y su comportamiento agresivo con ellos, entonces los hijos entenderán que los cambios que están sufriendo no son destructivos y les resultará más fácil aceptarse y relacionarse con su entorno”.

La clave en el vínculo entre padres e hijos es el papel del entusiasmo como actitud para afrontar la vida. Entre otras cuestiones, el entusiasmo como prisma para decodificar el entorno implica mirar la realidad sin un sentido crítico y aceptar a la sociedad con sus problemas y dificultades.

Lejos de las categorías históricas y sociológicas, es de suma importancia interpretar la realidad partiendo desde el individuo como núcleo de sentido. La identidad no la conforma el pasado ni la sociedad que lo rodea, sino que la construye el individuo a partir de su propio deseo. Este deseo es el que ordena la vida y determina el carácter constitutivo de cada persona. El deseo que se expresa cotidianamente, aquello que hace sentir que cada día merece ser vivido y disfrutado, es el entusiasmo. Si éste es el valor que reina en el hogar, entonces la problemática entre padres e hijos se vuelve más llevadera. El padre que está entusiasmado puede sobrevivir, centrarse en su vida, conversar, acompañar, y tener una mejor actitud con respecto a la problemática adolescente en lugar de asustarse y criticar. Un padre que no está entusiasmado, que siente que el mundo lo agobia y que todo es una desgracia, a la hora de enfrentarse con un hijo con problemas – o simplemente con los problemas de su hijo – se asusta y reacciona mal.

La concepción más tolerante es más fructífera que aquella que condena y asusta. Esto no implica desestimar los riesgos y peligros, sino sobreponerse a los miedos para entender mejor las situaciones que se plantean.

Todo esto contribuye a observar la realidad sin un sentido crítico. La sociedad es conflictiva y problemática por definición, quien no tenga esto en cuenta atenta contra la posibilidad de transitar más fácilmente la vida. En el caso de los adolescentes, quienes a la complejidad social le suman sus propias inquietudes y dificultades, es preciso que cuenten con el apoyo de padres entusiastas y comprensivos, que en lugar de sancionar actitudes y preferencias los alienten y las discutan. Los padres no deberían descalificar a sus hijos ni a sus preferencias y elecciones – por más pasajeras que éstas parezcan. En este sentido, la repentina incursión en deportes varios – que quizás nunca antes habían suscitado su interés – o la necesidad de involucrarse en diversas tareas simultáneamente, deberían ser conductas valoradas y alentadas por parte de los padres. A pesar de que se trate de actividades inconstantes, éstas son cabales expresiones de la espontaneidad característica de los jóvenes y por ello es conveniente que los padres las valoren. Si se desprecian

4 - Donald Winnicott (Plymouth 1896 - Londres 1971). Pediatra y psicoanalista británico. Fue presidente de la Sociedad Británica de Psicoanálisis, entre 1956-1959 y nuevamente entre 1965 a 1968. Dentro de sus ideas más destacadas aflora las distintas categorías para el desarrollo del niño: dependencia absoluta, dependencia relativa y de camino que lleva a la independencia.

estas iniciativas sólo se logra disminuir el entusiasmo de los chicos, lo que a éstos los angustia y no permite que se desenvuelvan de manera creativa.

En suma, el entusiasmo como fuerza positiva es vital para llevar adelante una vida plena y llena de satisfacciones, y en el caso particular de la relación entre padres e hijos ayuda a mejorar los vínculos y contribuye a facilitar el paso de los adolescentes hacia la vida adulta. El entusiasmo como recurso durante la adolescencia ayuda a quitar la sensación de miedo y negatividad que, dados los peligros de la sociedad conflictiva en la que vivimos, suele transmitirse de padres a hijos. Una actitud entusiasta, por el contrario, fomenta la búsqueda de nuevas vivencias y por sobre todas las cosas, fortalece el espíritu frente a la adversidad.

CONCLUSIONES

Los jóvenes en la actualidad transitan el camino hacia la adultez en un contexto lleno de cambios, con reglas y valores que mutan vertiginosamente. La adolescencia es, en sí misma, una etapa compleja de búsqueda y definiciones en las que los chicos intentan encontrar su lugar en el mundo y construir su identidad en base a pensamientos propios e ideales. Las dificultades de la realidad actual para los jóvenes, centradas en torno de una educación que no provee las herramientas indispensables para insertarse en el mundo laboral ni garantiza un futuro exitoso, contribuyen a generar una sensación de desconcierto y descontento. Además, el mundo en el que se encuentran inmersos brinda más interrogantes que certidumbres y exhibe modelos de éxito relativos que se alcanzan en función de ciertas coyunturas especiales y no necesariamente del esfuerzo individual ni de la solidaridad colectiva. Frente a este contexto de incertidumbre, muchos jóvenes se ponen en situación de riesgo con conductas abusivas y poco responsables.

Como se analizó a lo largo de esta publicación, en los últimos tiempos se agregó la tensión entre los agentes socializadores tradicionales – los padres, la familia y el sistema educativo – y los diferentes actores sociales que desarrollan también un conjunto de normas y parámetros diferentes y hasta incluso contradictorios.

¿Cómo queda demarcada la relación entre padres e hijos frente a este panorama? ¿Cuál es el papel que juegan los padres hoy, a la hora de enfrentarse con los cambios que atraviesan sus hijos? Miguel Espeche y Alejandro Rozitchner, afirman que lo esencial es modificar la perspectiva con la que se observa la realidad. Si bien es innegable que los jóvenes transitan por un mundo complicado, es conveniente proyectarles un futuro esperanzador que les permita motivarse y desear dar el salto hacia la adultez con realismo y advirtiendo que en efecto existen expectativas positivas.

Así, Miguel Espeche se focaliza en la necesidad de abandonar el miedo en la relación entre padres e hijos para generar en su lugar una atmósfera de confianza que permita un vínculo fluido, centrado más en la actitud de cuidado prudente que en el

mero control superficial de las conductas. De esta manera, los hijos no se angustian tanto con la percepción del pánico en sus padres y, al observarlos con actitudes de entereza ante la vida, aún a pesar de las complicaciones cotidianas, se esperan con la inminente llegada de la adultez. El modelo que sus padres representan no es uno centrado en el miedo y la angustia ante la vida, sino que es un modelo vital y que genera el deseo de ser emulado.

En la misma línea, Alejandro Rozitchner enfatiza el rol del entusiasmo como valor fundamental para “presentarles” el futuro a los jóvenes y la conexión de los padres con su experiencia como adolescentes para comprender mejor el despertar de las curiosidades de los hijos. La complejidad de la sociedad actual no tiene que llevar a jóvenes y a padres a tener una actitud desconfiada y reticente frente a ella: ambos deben abrazar y aceptar los desafíos que se presentan, afrontando las dificultades y manteniendo como eje un horizonte optimista.

Ambos sostienen que los padres deberían demostrarles a los adolescentes que el paso a la adultez es algo que vale la pena vivir y que la mejor forma de llegar a esa etapa es con entusiasmo.

En cuanto a los riesgos, los abusos y las adicciones, es importante enseñar y transmitir valores positivos desde la experiencia propia, sin caer en una postura dogmática e intolerante que torne a los jóvenes refractarios a los consejos.

¿Qué rol le cabe al resto de la sociedad? La comunidad en su conjunto puede establecer estrategias para funcionar como red de contención que otorgue a la juventud un lugar especial y estratégico porque, en definitiva, son los jóvenes los que encarnan el futuro. Su formación en los diferentes aspectos debe ser una tarea colectiva, en la que cada componente de la sociedad (el Estado, el sector privado, las ONGs, los medios de comunicación), debe involucrarse y comprometerse de forma efectiva y visible.

SOBRE LOS AUTORES



Sergio Berensztein

Sergio Berensztein es Doctor en Ciencia Política de la Universidad de North Carolina en Chapel Hill y es Licenciado en Historia con diploma de honor en la Universidad de Buenos Aires. Reconocido consultor y analista político, es profesor de la Universidad Torcuato Di Tella y Andrew Mellon Visiting Professor de Duke University. Actualmente se desempeña como consultor del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo y del Banco Mundial. Es coordinador de la Mesa de Diálogo para la reforma política de la provincia de Buenos Aires y director del PROLID (Programa de Liderazgo Democrático). Sergio Berensztein es autor de más de 30 publicaciones sobre reforma política, desarrollo institucional y economía política de las reformas estructurales en América Latina. Brindó conferencias sobre la situación política argentina en más de 40 prestigiosas universidades y centros de investigación del mundo. Miembro de los consejos asesores de la Asociación Conciencia, del Grupo Interrupción, y de la Fundación Grupo Sophía, de la Mesa Ejecutiva de Reforma Política Ya! y de la Comisión Directiva de AREA (Asociación de Reflexión Estratégica de la Argentina).



Miguel Espeche

Miguel Espeche es Licenciado en Psicología, ejerce como psicólogo clínico, y es especialista en vínculos familiares. Es coordinador general del Programa de Salud Mental Barrial del Hospital Pirovano. Dicho programa cuenta con más de 350 talleres de ayuda mutua y la asistencia general es de aproximadamente 4.000 personas por semana. Es supervisor del Taller "Sindicato de Padres". Miguel Espeche es columnista habitual del diario La Nación y escribió el libro "Penas de Amor", acerca del dolor emocional. Desarrolló junto con el Dr. José Eduardo Abadi, los contenidos del Programa Vivamos Responsablemente, una iniciativa de Cervecería y Maltería Quilmes que apunta a la promoción de valores a fin de prevenir conductas abusivas.



Alejandro Rozitchner

Alejandro Rozitchner es Licenciado en Filosofía por la Universidad Central de Venezuela, ensayista y novelista. Profesor heterodoxo, fue director del Programa de Creatividad Política de la Legislatura Porteña, y conductor (junto a Torcuato Di Tella) del programa "Diálogos para entender qué nos pasa", que se emitió por Canal 7. Es diseñador de proyectos experimentales de creatividad en diversas empresas. Sus artículos de opinión son publicados con frecuencia en el diario La Nación y posee un sitio web personal (www.bienvenidosami.com.ar) en el que se ofrecen todo tipo de materiales e información sobre sus otras actividades.

vivamos

RESPONSABLEMENTE

Una iniciativa de Cervecería y Maltería Quilmes

Vivamos Responsablemente es una iniciativa de Cervecería y Maltería Quilmes, comprometida con el diálogo que contribuye al esfuerzo compartido con la familia, la escuela, la comunidad y las autoridades en la necesidad de promover valores saludables entre los jóvenes a fin de prevenir conductas abusivas, entre ellas, el abuso en el consumo de alcohol.

Vivamos Responsablemente busca optimizar la responsabilidad individual del adolescente, el reconocimiento del otro y el respeto a los demás, así como la calidad de vida de cada joven y la de su grupo de pertenencia, a través del desarrollo de valores más fuertes y sanos.

El Programa se instrumenta en forma de charlas en escuelas de nivel medio (5° año del Secundario y 3° año del Polimodal), cuyos contenidos fueron diseñados por el Dr. José Eduardo Abadi y el Lic. Miguel Espeche. Además, se realizan desde 2005 charlas para padres de hijos adolescentes, a cargo del Lic. Miguel Espeche.

En 2007, el programa Vivamos Responsablemente fue declarado de interés educativo por la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y por la Municipalidad de Mar del Plata; asimismo, fue declarado de Interés Municipal en las localidades de Corrientes, Zárate y Mendoza.

Esta publicación se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2008 en la
Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

vivamos
RESPONSABLEMENTE
Una iniciativa de Cervecería y Maltería Quilmes

